

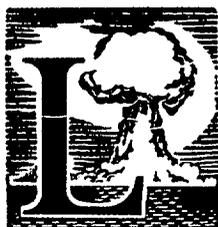
LA ENSEÑANZA MILITAR (II)

(EL CONTROL SOCIAL POR SUGESTIÓN)

Fernando GARCÍA MORETÓN



El control por sugestión



A labor educativa normal o normativa da a la voluntad una cierta inclinación que es necesario completar y reforzar con los medios y métodos del control social por sugestión, para suscitar vivencias de los valores que se quieren destacar y con los que se quiere modelar las facetas de la personalidad, y proporcionarle un recto criterio estimativo e inclinar la voluntad a ponerse al servicio de esos valores.

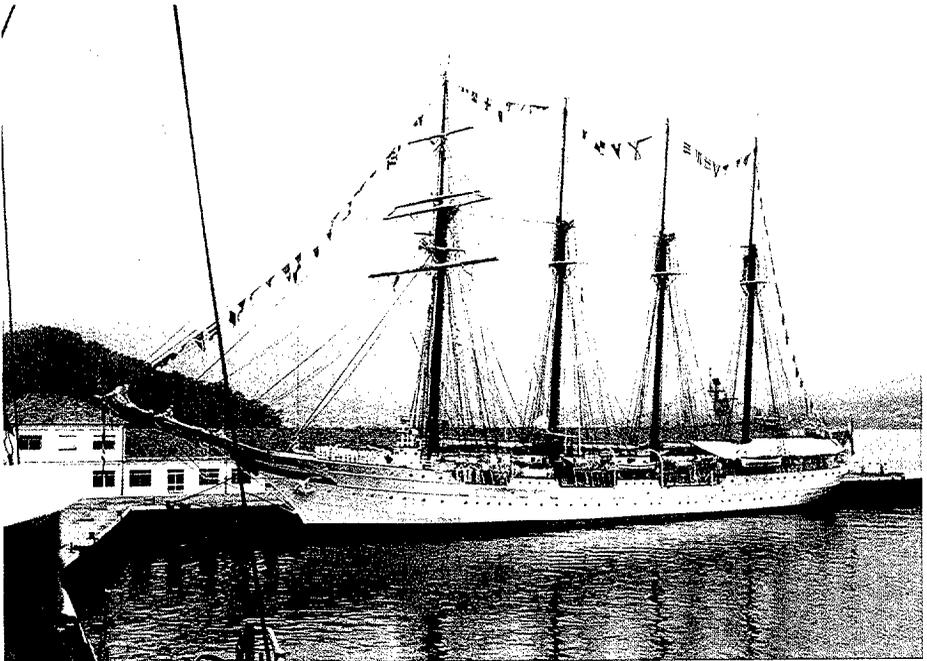
El control social por sugestión se inscribe en el campo de la psicología social y de masas, y contempla el uso de diversos medios o mecanismos que actúan con menos fuerza que la coacción y de una forma menos visible, pero con una gran efectividad. El control social por sugestión se puede producir espontáneamente o bien activar mediante la educación. En cualquiera de los dos casos contribuye de una forma decisiva a la «formación» del hombre.

Con el control por sugestión se trata de fortalecer el sistema de creencias, valores, costumbres y modos de vida que deben configurar la esencia y el espíritu de una institución, integrando a todos sus miembros y creando una conciencia clara de lo que «debe ser», que implica obediencia, disciplina, conformidad e iniciativa en el marco de una verdadera libertad individual.

En definitiva, se trata de que todos sean «uno», proporcionando la disciplina necesaria (conformidad) para determinados comportamientos particulares, hasta el punto, en ocasiones, de modificar los instintos, tendencias y hábitos, determinando una conducta previsible y ajustada a la norma.

De esta forma se crea en la institución un proyecto o sistema cultural común en el que cada hombre, que tiene su propia expectativa, encuentra lo que «quiere ser» y «quiere hacer» en su ámbito social-profesional en el que está encuadrado y en el que queda integrado.

En la persona así integrada se desarrolla una conciencia ética, ética profesional, con «hábitos» y «reflejos» que le permitirán actuar automáticamente en el marco de «normas-valores» que definen la esencia de su profesión. Cuando esta formación alcanza su nivel superior, todo lo que vive latente en él despierta cuando es necesario, y hace brotar, con seguridad y audacia, una nueva potencia libre y creadora.



El Juan Sebastián de Elcano en la Escuela Naval Militar. Foto: A. Pintos.

Aunque el control por sugestión se inscribe en el campo de la enseñanza, esto no significa que su uso y aplicación quede confinado a los límites de las «escuelas», sino que, por el contrario, sus métodos y mecanismos deben formar parte de la vida global de la institución como corresponde al hecho de que la «formación militar» es continua, nunca se acaba.

Vistos ya los fines que persigue el control por sugestión, se completa su conocimiento y alcance con unas breves notas sobre el proceso de sugestión y cohesión al que dan lugar.

Los métodos y medios del control por sugestión no actúan según el mecanismo de «causa-efecto», como sucede en los fenómenos físicos, ni por el de «motivaciones» que rige el equilibrio o desequilibrio del binomio «necesidad-

satisfacción» (REVISTA GENERAL DE MARINA, abril 1944, pág. 397), sino que actúan por medio de «estímulos» que, sin argumento ni mandato, «sugestionan» al individuo.

La sugestión se sitúa entre la acción y el efecto de «sugerir» y de «sugestionar», lo que determina su carácter.

En ambos casos, con lenguajes significativos se hace entrar en el ánimo de las personas ideas, núcleos de «valores-normas», modos de comportamiento, etc., inspirando la conformidad con ellos e induciendo a actitudes que en el primer caso (sugerir) asume y realiza con un grado aceptable de conciencia reflexiva y crítica, y en el segundo caso (sugestionar) lo realiza como algo propio y personal, pero con la voluntad «dominada» y sin apenas conciencia crítica, como un acto instintivo y reflejo.

Con la sugestión, en el aspecto que aquí se trata, las personas pierden (voluntariamente) cierta «autonomía» y se transforman en una especie de «estructuras impersonales», que actúan como «actores» de los guiones y mensajes de normas y valores en los que se inspira la vida de la institución.

Los métodos del control por sugestión operan principalmente sobre el subconsciente, donde quedan depositados y grabados percepciones, representaciones e ideas de normas y valores, y al mismo tiempo se crea una especie de «estado de ánimo» y «disposición» asociada con dichos valores y representaciones. De este modo, el subconsciente queda lleno de vida con un saldo positivo de valores disponibles, aunque ocultos, sin incorporar a la mente, sin que exista conciencia de su realidad, pero que definen ciertos aspectos de la esencia valiosa de la persona y determinan en alto grado su «modo de ser», como una peculiar significación personal de la manera de «sentir y sentirse» entre y ante la realidad del entorno.

El «modo de ser» representa una experiencia íntima que actúa en determinadas circunstancias, o cuando surge la necesidad de responder al «deber ser» que exige la institución. La memoria recupera las vivencias íntimas del «modo de ser» y las transmuta en otras que relacionan al sujeto con las nuevas circunstancias mediante una acción dinámica, instintiva y automática, que se materializa en un comportamiento esperado y acorde con el talante y pautas de conducta inducidas en el proceso educativo.

Esto es lo que sucede en esas personas humildes y sin recursos que encuentran una considerable cantidad de dinero y, sin dudarlo, se la devuelven a su dueño. Esas personas eran ignorantes del valor que poseían, no sabían nada de su grado de «honradez», pero en su subconsciente estaba grabado «el no apropiarse de lo ajeno» como un «núcleo referencial» adquirido por su «con-vivencia» en el sistema cultural de la familia, de la escuela o de su grupo.

Desde el punto de vista colectivo o de grupo, la sugestión es, según coinciden los sociólogos, el mecanismo básico de integración social que crea un estado emocional en el cual los individuos se «desdifieren» y funden sugesti-

vamente sus actitudes y conductas como si se produjese un «contagio mental» que se ve reforzado por la existencia de un «instinto de imitación» como principio básico de la vida colectiva.

El *contagio mental* suele conducir, además, a una participación «mística» de todos los miembros que se sienten vivenciados con sentimientos de «poder», en virtud de considerarse todos y cada uno depositarios de todas las capacidades, derechos y deberes de la institución o grupo, con los que se identifican plenamente.

Tal situación límite podría ser peligrosa, de aquí la necesidad de control para encauzarla y que no suponga un riesgo.

El *automatismo*, la acción refleja que genera el control por sugestión, no afecta negativamente a la personalidad del individuo, sino que, por el contrario, la fortalece, pues elimina en gran medida la incertidumbre y la duda. En todo acto personal que ejecuta el hombre, además de aquello que hace, hay —como dice Zubiri— otra dimensión más útil, la del «YO», que hace la acción y según la cual «se realiza» como persona.

El hombre creador es el que sabe armonizar ambos sectores de la mente, usar a la vez la conciencia clara y reflexiva que resuelve el «problema de la decisión» y, al mismo tiempo, sabe o puede aprovechar el gran patrimonio de los valores y experiencias que lleva en el subconsciente.

La importancia del automatismo, de la acción refleja, por último, queda de manifiesto en la recomendación del Comité Internacional de la Cruz Roja en sus cursos sobre el «Derecho de la Guerra»:

«Los soldados han de responder instintivamente... Deben estar condicionados (sugestión) de esa manera, a fin de que puedan responder correctamente desde el punto de vista del derecho de la guerra... Han de estar *formados* para que respondan correctamente por *reflejos*...»

Los métodos de control

Entre los principales métodos o medios que se usan para provocar y activar el control por sugestión se pueden citar: mantener las tradiciones y mitos, las ceremonias, los símbolos, la memoria y culto a los héroes y antepasados, etc.

Todos estos medios adquieren su vigencia y vigor cuando aparecen combinados en el sistema de enseñanza y, además, entran en juego factores coadyuvantes como el precepto reiterativo, la disciplina austera, el estímulo emocional, etc.

El problema de su efectividad se plantea en la «articulación» de la enseñanza normativa con la que proporcionan los mecanismos de control, señalando los «elementos comunes» que comparten para provocar una «transferencia

de valores», y con ellos crear un «sistema de conexión» entre estímulos y respuestas, con la consiguiente recomendación de las conexiones convenientes y el rechazo o castigo de las conexiones inconvenientes.

En el sistema de «conexión» se reúnen los criterios y principios morales que después servirán para guiar las decisiones concretas que darán a la vida militar dirección, coherencia, estilo y fruto.

A continuación se comentan algunos de estos métodos para resaltar su significado, alcance y el papel que pueden desempeñar en el proceso educativo.

Ahora, cuando tales cuestiones, tradición, creencias, mitos, símbolos, héroes, etc., están en crisis, ese conocimiento pretende ayudar a que no sean abandonadas y a que se usen con más frecuencia, pero no de forma rutinaria, sino revalorizando y poniendo de relieve los elementos esenciales y valores que contienen para la formación del militar, respondiendo y siendo fieles a la letra y espíritu de las Reales Ordenanzas de las Fuerzas Armadas.

La tradición

La tradición es el hecho por el que se transmiten de generación en generación los elementos culturales (valores, ética, moral, creencias, usos, costumbres, instituciones, etc.) que han de configurar la «conciencia colectiva» de un pueblo o de una sociedad.

La tradición aparece, pues, como «la sucesión social de la conciencia» que marca, matiza y señala el «ritmo» de la vida individual y colectiva.

La tradición es, por tanto, ese transfondo íntimo, insuperable, en donde se esconden todas las claves de nuestro conocimiento. Como dice el historiador británico Raphael Samuel: «el desconocimiento del pasado del país en que uno vive es como estar privado de derechos civiles y culturales».

El contenido de la tradición, esto es, su esencia, debe mantenerse, aunque se adopte «una nueva forma de ver», con una perspectiva «vital» y «comunicativa» para que siga ocupando su lugar como «circunstancia» en el destino concreto del hombre.

El valor de la tradición entra en crisis a partir de los ataques de intelectuales y pensadores de la Ilustración, que pensaban reconstruir la cultura humana «partiendo de cero» y con el solo uso de la razón abandonada a su propio juicio personal.

Con el uso de esa racionalidad (Mate, 24) se desautorizó la «función mediadora» de la «tradición recibida», se creó un «vacío» y con él una empresa imposible, por lo que, a pesar de todo, la tradición sigue cumpliendo su misión, pero de una forma, en cierto modo, «ilegítima», en «tono menor», sin la eficacia que le corresponde.

La pérdida de esa «autoridad» que debe tener la tradición aboca a la descomposición de la cultura; en muchos casos, los discursos sobre ética, moral o

estética, elaborados por especialistas, son fragmentarios y se construyen a espaldas de lo que es la realidad.

De esta forma, la tradición ha dejado su sitio a las encuestas que marcan la vida del futuro sin atender apenas a la memoria histórica que constituye la tradición. Las consecuencias para la ética (Mate, 169) son importantes; sin memoria histórica no hay ética solidaria y aparecen las «éticas individualistas».

Otro de los grandes ataques que sufren las tradiciones se derivan de suponerles el peligro a que degeneren en «rutina», «cerrazón» o «inmovilismo»; esto es, a que se produzca un apego a lo antiguo por lo antiguo. Esta actitud que podría identificarse como de «añoranza del pasado» no se debe utilizar para adoptar una postura negativa o descalificadora, oponiendo toda tradición a la idea de progreso.

Progreso y tradición no son realidades contrapuestas o antagonicas; muy al contrario, están estrechamente vinculadas entre sí.

Una sociedad en que la innovación y el cambio, amparados por la idea de progreso, no tuviesen la «resistencia», en su justa medida, de la tradición y la rutina (Azevedo, 161) se arriesgaría a perder su unidad y cohesión interna, disgregándose hasta la anarquía.

Las ideas innovadoras de modernidad y permisividad deben ser frenadas por los valores de la tradición para lograr un estado de «equilibrio» en el que exista una adaptación más o menos perfecta entre los valores y costumbres tradicionales y las tendencias de la presión que ejercen ciertos sectores de la sociedad, en muchos casos ruidosos pero minoritarios.

De la importancia de esta función «antagonista» de la tradición da cuenta el hecho de que en la antigua Sorbona a los cuatro doctores más antiguos se les daba y confiaba, con gran énfasis, la misión de «oponerse a toda novedad».

Sin embargo, la tradición, como «sucesión social de la conciencia», no se limita a ser una mera «repetición» (Zaragüeta, 254), sino que a menudo viene a ser una evolución o complicación más o menos lógica de «lo recibido» que, dentro del mismo «cauce tradicional», se plantea la «revisión» de la norma, de la que podrá salir «ratificada» o más o menos «rectificada» y mejorada, cuando no «abolida», en espera quizá de una «reviviscencia» que no es rara en la Historia.

Las ideas nuevas que llevan a la «revisión» suponen siempre una «perturbación de las creencias admitidas» que actúan sobre los hábitos, la mentalidad y la moralidad; sin embargo, el cambio y la evolución en busca del equilibrio son necesarios y convenientes, pero atendiendo a tres condiciones (Azevedo, 167): que la institución o comunidad esté «madura» para afrontar el cambio, esto es, que posea los «conocimientos» y las «creencias» que lo hagan posible; que la necesidad del cambio se considere y estudie de forma consciente, razonada y lógica, y que venga impuesto, no por «mimetismos» o

por «lo que dirán», sino por una realidad insoslayable que no afecte ni a la esencia ni al papel de la institución.

Cuando no se dan las condiciones expuestas pueden surgir situaciones conflictivas y casi dramáticas: por un lado, la tradición exige y motiva una determinada actitud o acción; por otra parte, la conciencia personal puede dictar otra, y, por último, el papel asignado a la institución es otro. Tal incoherencia, que refleja una falta de integración, hace que la conducta de los miembros forme parte de un constante drama en el que deben equilibrar la tradición, los patrones personales y las expectativas de la institución. Ante tal situación conviene decir que el reconocimiento de las normas tradicionales puede ser considerado como más importante que las consideraciones personales y las expectativas institucionales.

Un ejemplo de cómo se mantiene y adapta la tradición se puede encontrar en la siguiente reflexión de una conferencia del general Íñiguez del Moral («Reconquista», n.º 436, 1987):

«A los hombres de armas, a los caballeros —dice Alfonso X el Sabio—, hay que hacerles jurar tres cosas: “La primera, que no recele de morir por su ley si menester fuese; la segunda, por su señor; la tercera, por su tierra”.

Ley, señor y tierra son tres referencias que están más allá del propio individuo. Si ahondamos un poco más en nuestra reflexión, podemos comprobar que estos tres conceptos están unidos y forman un todo: las gentes habitan una tierra, se rigen por unas leyes, que hace cumplir un señor.

Es, quizá, salvado el tiempo histórico, una buena definición de Estado y hasta de Patria.

El pragmatismo medieval hace que se fijen con exactitud las referencias que tienen que servir de guía a quienes poseen armas...

Es como si enlazáramos un pasado que nos puede parecer lejano, con un presente que vivimos hoy y con el deseo de transmitirlo a un futuro que está en vosotros.»

En los ejércitos, el «sistema institucional» es el receptáculo de la tradición y la continuidad que han ido llenando las sucesivas promociones y generaciones. Ese contenido, al difundirse a la totalidad de la institución militar, debe permitir perpetuar, a través de las vicisitudes del tiempo y de la historia, el estilo de vida que corresponde a la *condición militar* que se asienta en el concepto de *lo militar*, manteniendo los núcleos de «normas-valores» y creando un alto grado de identificación nacional y de servicio a la sociedad, reforzados por un claro sentido de conducción heroica.

Corresponde al cuerpo de mando simbolizar la «línea de tradición», nervio y columna vertebral del Ejército, y dar vida efectiva y afectiva al hecho que reseñan las Reales Ordenanzas:

«Las Fuerzas Armadas darán primacía a los valores morales que, enraizados en nuestra secular tradición, responden a una profunda exigencia de la que sus miembros harán norma de vida.»

«Los ejércitos de España son herederos y depositarios de una gloriosa tradición militar...»

Pues «el futuro de los ejércitos está en su origen», teniendo en cuenta, sin embargo, que la realidad del presente si se somete a un proceso de regresión, por apoyarse con poca racionalidad en la tradición, corre el riesgo de acabar quedando privada de toda virtualidad.

Por último, parafraseando a Arauz de Robles (*España*, en «ABC», 18-10-96), no deberá existir, pues, ningún resabio para afirmar que los ejércitos españoles han realizado una tarea importante en la historia, y que recordarla, proclamarla y ejercerla es la única forma de no diluirse como Ejército.

Los mitos

El mito, que se puede identificar como fábula, ficción o alegoría, entra en la vida de la humanidad y del hombre como una «transmisión» de la tradición que, aunque se aparte de la historia y de lo real, se alimenta de «verdades» que se constituyen en un mensaje simbólico de «valores» con unidad, tanto en su contenido como en la forma.

Con la imaginación se reproducen las imágenes de esos valores, formando, al mismo tiempo, nuevas imágenes y símbolos que permiten construir nuevos hechos y nuevas trayectorias.

El mito, desde otro punto de vista, opera en cierto modo como un «espejo» que descubre la propia imagen y en el que cada uno busca la aprobación de esa imagen con la mirada hacia los valores de esos símbolos que reconoce como verdaderos y autorizados.

Los mitos han recibido y siguen recibiendo un tratamiento muy variado: para unos, no tienen lugar en la cultura moderna y sólo merecen un profundo desprecio; para otros, sin embargo, merecen una especial atención, hasta el punto, como escribe Roland Barthes en su obra «Mitologías», que «nuestra sociedad es el campo privilegiado de las significaciones míticas». Para estos últimos (Malinowski, 93), el mito no es un producto muerto de edades pretéritas, que únicamente sobrevive como narración ociosa..., es, por el contrario, una fuerza viva que constantemente produce fenómenos nuevos que, con sus testimonios, se vinculan a formas de poder y de demanda social.

El mito, pues (Malinowski, 114), no es exclusivamente simbólico, sino que es expresión directa de lo que constituye su «mensaje»..., es como una resurrección del contenido de ese mensaje para salvaguardar y reforzar la eficacia de ciertas prácticas y para guiar la conducta moral o social.

El mito es, por tanto, un ingrediente indispensable de toda cultura, está continuamente regenerándose, todo cambio histórico crea su mitología que se deriva de la necesidad de creer, del *status* sociológico que precisa precedente y de la norma moral que demanda sanción.

La función del mito consiste en fortalecer la tradición y dotarla de un valor y prestigio aún mayores al retrotraerla a una realidad más elevada, mejor y más transcendente.

Pero el mito no es sólo una guía para el mantenimiento de la cultura, sino que, además, se constituye en una fuerza subyacente a la vida humana, fuerza que en ocasiones rebasa los límites culturales.

En el campo de la sociología y la política, el mito se contempla como fruto de la *intuición colectiva*, ya sea entendida como un «conjunto de ideas» o como una «expresión de emociones» que, a través de los canales de comunicación, da lugar a la imagen y conformación de la vida colectiva de una sociedad.

En este campo, el mito aparece como una construcción arbitraria del género humano, que crea un mundo artificial formado por imágenes capaces de hacer pasar a las masas de la teoría a la acción y, por tanto, a modificar la realidad. El mito así concebido, como «símbolo movilizador» (GER), fue usado por Mussolini como elemento integrante del movimiento fascista, de donde pasó al nazismo.

Los modernos mitos políticos y sociales están generalmente vinculados a la idea de progreso, como pueden ser, por ejemplo, los que sostienen las estructuras y sistemas de la ONU o de la UE. Son mitos de «futuro» y, en ese sentido, están en íntima relación con el pensamiento utópico.

En el campo de las instituciones, desde una perspectiva psicológica (Petit, 39), toda organización precisa de mitos que, con su «facultad movilizadora», aportan a los miembros de la organización una «explicación coherente» de la situación que están viviendo y del papel que desempeñan. Esta explicación es indispensable para lograr la integración y alcanzar la cohesión deseada.

Por último, como dice Julián Marías («ABC», 3-11-89), «hay que sustituir los mitos falsos por otros verdaderos, incitantes, que se puedan poner a prueba, que no depriman ni degraden, sino que exalten y eleven el nivel de exigencia. Sin ellos no se puede esperar nada interesante... Un mito verdadero es aquel que respeta la realidad y, a la vez, no se contenta con ella; que no ejerce violencia sobre lo que es, pero aspira a más; que no considera suficiente lo que existe, sino que lo ve completándose con lo que se imagina y verdaderamente se desea...».

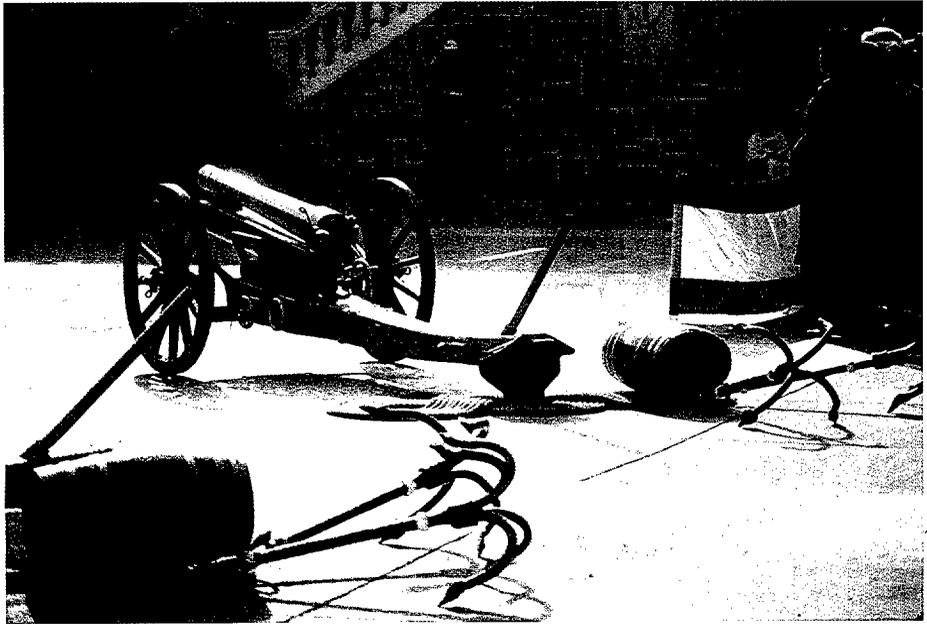
Los símbolos

Los símbolos se definen como imagen, figura o divisa con que materialmente o de palabra se representa un concepto moral, social o intelectual, por

alguna semejanza o correspondencia que el entendimiento percibe entre este concepto y aquella imagen.

En términos más generales se define *el signo* o *símbolo* como todo aquello capaz de llevar un significado, y es capaz de despertar en quien lo recibe una imagen, una resonancia, una evocación, una idea.

Los símbolos son, por así decirlo, un subsistema de los *signos*, constituyendo una entidad psíquica de dos caras, que se distingue de los signos en que, además de tener una función «indicativa», tienen una función «representativa». Así, por ejemplo, la bandera de una nación izada en un buque indica la nación en que está abanderado, pero en determinadas ceremonias la bandera «representa» a la nación, y toma, por así decirlo, su propia esencia y naturaleza, razón por la cual se le rinden honores.



Símbolos en la Jura de Bandera. Foto: F. López Cerón.

Los símbolos, pues, son signos «representativos» y no sólo «indicativos», y como tales, en general, tienen alguna semejanza, analogía o correspondencia, más o menos natural, con la idea o cosa simbolizada.

La comunicación humana y la orientación del comportamiento de todos los hombres y de cualquier grupo o colectividad, y en especial la actividad cultural como creación, acumulación y transmisión de valores espirituales, no puede darse sin los signos y los símbolos.

En este sentido, el estudio de los signos y símbolos entra en el campo de las ciencias de la comunicación y las nuevas orientaciones, que abordan la semiología, semántica y la semiótica, para abarcar el contenido o «significado» de los signos y símbolos, la «interpretación» de ellos por los receptores y las «reacciones» y repercusiones perceptibles que provocan en cada persona y dentro de grupos pequeños o grandes, para insertarse en el estudio de la «comunicación de masas», la comunicación intercultural y los estudios sobre la opinión pública.

Por eso, todo símbolo (Cirlot, 15) representa la «condensación expresiva» de una realidad dinámica y un pluralismo cargado de valores emocionales e ideales, esto es, cargado de «verdadera vida», que entra en el proceso de comunicación, según un lenguaje de imágenes y emociones, como una «tensión vital» que liga lo «instrumental» (la palabra, el gesto, la imagen, el objeto, etc.) a lo «espiritual».

Un ejemplo actual de esa realidad dinámica con fuerte carga espiritual de los símbolos es el «Túnel de los Hasmoneos», origen de los recientes conflictos en Palestina.

Desde otra perspectiva, la teoría de la acción de Parsons, que trata de ordenar, con carácter general y científico, los problemas del comportamiento y de la convivencia humana, se refiere a la «acción» como un proceso que tiene lugar entre dos partes estructurales de un sistema «actor-situación».

El actor es toda persona individual que ejerce alguna actividad, o cualquier otra colectividad, organización de comportamientos, etc.

La situación queda definida por el conglomerado de objetos, «símbolos», que rodean al actor y con los cuales entran en un «diálogo operativo» cuyo resultado es crear un «sistema de expectativas» y «orientar la acción» de acuerdo con lo que el actor debe decirse a sí mismo ante el «símbolo», lo que debe buscar en el «símbolo» y cómo debe comportarse en relación con el significado y valor del «símbolo».

Con lo dicho hasta aquí se pretende poner de manifiesto la importancia del uso y conocimiento de los símbolos como mecanismo del control social y del proceso de socialización.

El proceso educativo debe tener en cuenta esta circunstancia, usar los símbolos y poner de relieve su contenido y valor, pues (De Fleur, 169) «el desarrollo y el mantenimiento de cualquier grupo humano sólo se hace posible porque las actividades orientadas hacia un objetivo pueden ser coordinadas por la interacción simbólica».

Con carácter más general, Bandera, al desarrollar la teoría del aprendizaje social (Pfeffer, 80) pone un especial énfasis en la importancia de la actividad cognitiva simbólica, expresándose en los siguientes términos:

«La capacidad de emplear símbolos proporciona a los seres humanos un poderoso medio para comunicarse con su ambiente. Por interme-

dio de símbolos verbales e imaginados, las personas procesan y preservan experiencias que sirven como guías para el comportamiento futuro. La capacidad de acción internacional está enraizada en la actividad simbólica. Las imágenes de futuros deseables alientan cursos de acción designados para conducir hacia metas más distantes (...). Sin facultades simbolizadoras, los seres humanos serían incapaces de formular un pensamiento reflexivo. Por consiguiente, una teoría del comportamiento humano no puede darse el lujo de descuidar las actividades simbólicas.»

En las Reales Ordenanzas de las Fuerzas Armadas se contempla el valor de los símbolos:

«El espíritu que anima a la Institución Militar se refuerza con los símbolos transmitidos por la Historia. Los símbolos fortalecen la voluntad, exaltan los sentimientos e impulsan al sacrificio.»

San Agustín, por último, señala cómo la *enseñanza por medio de los símbolos* despierta y alimenta el fuego del amor para que el hombre pueda superarse a sí mismo.

El culto a los héroes

El culto a los héroes supone la memoria, el recuerdo y una especial reverencia hacia ciertas personas que se condideran sobresalientes por sus hazañas o virtudes, teniendo la convicción de esa superioridad y la voluntad de honrarlas, con el fin de que sirvan de ejemplo y modelo.

La idea de héroes se relaciona normalmente con hazañas gloriosas en las que destacan el valor guerrero, la decisión heroica, el sacrificio, la victoria o la muerte. Sin embargo, en el aspecto de su importancia como mecanismo de control social, el culto a los héroes se debe ampliar al de los *antepasados ilustres* que ocupen el vértice alto de una pirámide de virtudes y valores.

Antepasados ilustres son todos aquellos, con aureola de prestigio o poder, que proporcionan una imagen sobresaliente de ejemplaridad, entereza moral y clarividencia en el ejercicio de su actividad profesional y en la exposición de criterios y doctrinas que permiten interpretar la esencia de la vida militar en su conjunto, con la ventaja de que sus experiencias llegan depuradas de modas y particularismos.

Los héroes y los antepasados ilustres aparecen, pues, como *representantes e intérpretes* de actitudes y criterios que contienen un valor específico para la persona que lo capta, en la que deja una huella más o menos indeleble y activa que, a pesar de los acontecimientos del quehacer diario, queda depositada en

el subconsciente como memoria experimental de lo que se espera y desea, y pasa a presentarse como una «posibilidad» que orienta hacia el futuro.

Desde otro punto de vista, el héroe se puede identificar, en cierto sentido, con la figura que en la sociopsicología de grupos se llama «la persona de referencia» que guía y conduce, según dos vías:

- la de sus cualidades, virtudes y motivos sentimentales;
- y la de los contenidos de sus objetivos y valores profesionales,

que se asientan en la forma de representarse a sí mismos en el «deber ser», como una *obligación* para con los demás, según criterios de *verdad*, *fidelidad* al vínculo que lo liga a la institución, y *justicia*.

La identificación con la «persona de referencia» lleva a adoptar nuevas actitudes o a transformar las mantenidas hasta entonces, interiorizando sus valores, objetivos y pautas de comportamiento.

La enseñanza de los héroes no implica su imitación, sino la adquisición, en un principio, de un conocimiento profundo de las circunstancias de su entorno y las causas que orientaron su comportamiento, con el fin de despertar «interés» y «curiosidad» por su personalidad, y así descubrir cómo la «autenticidad» de su vida hace que se distinga de los demás hombres no por mostrar «lo que se debe hacer», sino por señalar «lo que tiene que ser».

En el culto a los héroes se establece con ellos una corriente de fuerzas vitales y espirituales que vienen a constituir un «sistema de impulsos» que provoquen *sentimientos* que, con origen en las raíces más hondas del «modo de ser» de cada uno, actúan sobre la conciencia psicológica y crean un «estado del yo», según el cual se orienta la voluntad para realizar los objetivos y valores definitorios del héroe y para adoptar un determinado estilo de vida.

Corresponde al sistema de enseñanza el proceso psíquico de seleccionar los héroes y antepasados ilustres en función de las circunstancias del entorno en que se desarrolla la labor educativa y de formación, para activar y dar vida a la norma de las Reales Ordenanzas de las Fuerzas Armadas:

«Los Ejércitos de España son herederos y depositarios de una gloriosa tradición militar. El homenaje a los héroes que la forjaron es un deber de gratitud y un motivo de estímulo para la continuación de su obra.»

Ceremonial

La celebración, más o menos solemne, de ceremonias, conmemoraciones, ritos, cultos, etc., es consustancial a la humanidad.

Desde siempre se han realizado actos para celebrar victorias, alianzas o tratados, para dar culto y recordar a héroes y antepasados, para regular ciertas relaciones de convivencia y para recibir a los nuevos miembros de una comunidad.



Jura de Bandera, Cuartel de Instrucción de Cartagena. Foto: Burgos.

Se puede decir que todo aquello que tiene interés para la comunidad o para una institución es objeto de una ceremonia especial, con actos, acciones, gestos, vestidos y fórmulas que muestran la «vitalidad» de la institución y, a su vez, también se proporcionan en función de que generan en los «actores» y en el «público» sentimientos que refuerzan el espíritu de la colectividad, la cohesión o la identificación con ella.

La llamada por algunos autores «liturgia militar» (se supone que en el sentido helenista de «servicio con obligación») está contenida en reglamentos e instrucciones que regulan la actividad personal y colectiva en los actos militares, que por su propia naturaleza, su sentido, su simbolismo o su orientación al bien de la institución y la comunidad se pueden considerar como ceremonias, esto sí, más o menos sencillas o importantes.

En ese sentido, estas ceremonias se pueden clasificar en tres grandes grupos:

- *las esenciales*: Jura de la Bandera y entrega de Despachos;
- *las preceptivas*: las entregas de mando, la lectura de las Leyes Penales, los honores y saludos a las autoridades, los relevos de la guardia, el

saludo a la Bandera y los honores correspondientes, el saludo militar, etcétera;

- *las especiales y cíclicas*: la celebración de las festividades de los «Patrones y Patronas», el culto a los héroes, las efemérides históricas, los desfiles, etc.

Toda ceremonia, por muy sencilla que sea, tiene un efecto socializador propio y determinado que se produce con mayor o menor intensidad según tres vías, que en general son el acontecimiento, la participación y la realización.

El acontecimiento que se celebra o realiza pone de relieve y acredita un suceso de la vida de la institución, que tiene una especial significación y es de importancia trascendente por asegurar su continuidad y el mantenimiento de la cohesión.

El acontecimiento suele tener un profundo significado simbólico y es, o puede ser, el soporte de la representación de tradiciones, mitos, valores comunes y obligaciones aceptadas.

El acontecimiento, por otra parte, viene a constituirse en un «lazo, invisible y misterioso», con una esencia intemporal que, según un esquema teleológico, constituye y genera una llamada al espíritu para «creer» y adquirir una vivencia sobre el valor que representan algunos aspectos de la esencia de lo militar.

Por último, el acontecimiento puede ser una expresión de poder y un medio para poner de manifiesto el ejercicio legítimo de la autoridad.

La participación en las ceremonias fortalece la fidelidad a la institución. El hecho de participar actúa como una «insignia de afiliación» a las normas y valores, que se ponen de manifiesto en la ceremonia, recordándoles a los participantes, además, sus responsabilidades y su carácter de miembros activos.

Los participantes, según Durkheim, al interactuar en la ceremonia se sienten parte de un grupo omnicompreensivo que comparte sus actitudes y con el cual se ven envueltos en relaciones de tipo primario que sacan al individuo de sí mismo y lo llevan a colaborar en la fuerza de grupo.

La identificación del participante con la institución se ve reforzada en aquellas ceremonias con ciertos comportamientos y actitudes que se repiten constantemente de forma intensiva. Esta repetición insistente conduce a la adquisición de «hábitos» y a que los rasgos del «papel» asignado al individuo pasen a formar parte de su personalidad y contribuyan a prefigurar su «forma de ser y de estar».

El hecho de «tomar parte» del contenido y significación de la ceremonia supone incorporar a la personalidad del participante «esa parte» que se «toma», lo que hace de la participación un verdadero y universal principio de organización y promoción interhumana en cuanto promueve el orden, la coordinación y la suma de esfuerzos de los participantes en el logro del objetivo común.

La realización del acto, su ejecución, educa y forma en el «presupuesto del orden» como una necesidad de supervivencia que pone de manifiesto y en práctica las ideas de «regir» y «exigir», que conducen a la obligación de que exista una «autoridad» que presida el acto y una «jerarquía» entre los participantes.

La «formación» y disposición de los participantes, según el *status* que les corresponde y el «papel» que desempeñan, las «normas» que regulan las relaciones entre ellos y los «símbolos» que están presentes, constituyen un sistema simbólico de «patrones de integración» marcados por relaciones de «disciplina» y «subordinación», en los que adquieren todo su valor los conceptos de *status*, «papel» y «coordinación».

El efecto socializador de la realización o ejecución del acto se ve reforzado por contener tres elementos de penetración en el conocimiento y en la conciencia de los actores y del público. Estos tres elementos son los siguientes:

- *El elemento técnico*, con la distribución de «papeles», la regulación de movimientos, la asignación de responsabilidades y la puesta en escena de comportamientos, actitudes corporales y otros aspectos del «estilo de vida militar».
- *El elemento estético*, que actúa por medio de la solemnidad, el ritmo, la música e incluso la «pompa», como muestra de la cultura y tradición militar. La solemnidad y el buen gusto generan emoción y efectividad.
- *El elemento comunicativo*, pues toda ceremonia «dice algo». La disposición de los actores, los movimientos, los uniformes, los gestos, las actitudes, los símbolos, las fórmulas, etc., son un modo de transmitir información sobre valores y pautas de conducta que refuerzan la disciplina y el reconocimiento de la importancia de cada «papel».

La enseñanza militar en el ámbito escolar y en el transcurso de la vida profesional debe tomar conciencia de que las ceremonias y celebraciones constituyen la institucionalización del espíritu objetivo del Ejército, aunque no constituyan la esencia de «lo militar», por lo que parece obligado abandonar la rutina y lo superficial para adentrarse y tomar conciencia del alcance y significado de cada ceremonia, mantener la pureza de las normas y tradiciones, y darles vida resaltando los valores que contienen.

Liderazgo y comunicación

Liderazgo y comunicación es un enunciado de suficiente entidad como para ser objeto de un futuro trabajo. Aquí, sólo se trata para cerrar el tema central de la enseñanza militar, de presentar unas breves notas que hacen referencia a quien imparte la enseñanza.

La formación militar, en su fase inicial y más decisiva, recae casi exclusivamente en el comandante de Brigada. El comandante de Brigada debe «liderar» la «promoción» para provocar, por medio de una adecuada «comunicación», la transformación de los alumnos.

Para el liderazgo, sobre las cualidades que el «líder» debe poseer y su comportamiento ante la promoción o el grupo, se remite al magnífico artículo (REVISTA GENERAL DE MARINA, octubre 1995) del capitán de fragata Díaz Martínez: *Liderazgo eficaz y calidad total*.

En cuanto a la «comunicación», ésta debe estar orientada según dos vertientes:

- el desarrollo vocacional de la personalidad de los alumnos de forma tal que, con libre opción, adquieran una cualificación ética y moral que les permita, con sinceridad y verdad, sentirse «ajustados», «adaptados» e «integrados» en la institución militar, y
- desarrollar las facultades de esa personalidad para establecer un sistema duradero de «creencias» en torno al «papel del Ejército» y a los valores que se derivan de la esencia de «lo militar», que los predispongan a reaccionar preferentemente de una forma determinada: la que corresponde al estilo de vida militar.

La eficiencia de esa comunicación requiere que el comandante de Brigada, como «líder», adopte una actitud socializadora (REVISTA GENERAL DE MARINA, marzo 1995, pág. 262), tenga una clara visión de futuro (el militar que se quiere formar) y «tome conciencia» de que su misión no es la de «motivar» para mejorar la «eficacia», sino la de «formar la personalidad humana» del futuro militar. El comandante de Brigada, sin embargo, es quien «debe estar motivado» para lograr con «eficacia» la formación militar de los alumnos, gestionando su efectividad y voluntad para «crear» los nuevos sentimientos «que deben sentir» con apego y autoestima para conquistar el dominio de sí mismos en los campos de las vertientes señaladas.

Para «crear» esos nuevos sentimientos se dispone de los métodos o medidas que contempla el «control social» (REVISTA GENERAL DE MARINA, enero 1996, pág. 5), que se puede ejercer a través de las creencias (REVISTA GENERAL DE MARINA, octubre 1996), de la sugestión (con los métodos antes reseñados), de la religión, del liderazgo, etc. En cualquier caso, aparece como necesidad primaria la *comunicación* como «herramienta social» imprescindible para crear un «sistema de conexión» capaz de modificar los comportamientos, las actitudes y los conocimientos.

Con la *comunicación* se deben proporcionar los «conocimientos programados», relacionándolos con «información» relativa a cuestiones que efectan a la institución militar y, por medio de símbolos y estereotipos, hacer que los alumnos entren en la «vida» del acontecer y vicisitudes de la forma de ser militar.



Escuela de Suboficiales. Foto: R. Díaz Huélamo.

La comunicación puede ser intensa y rica en información, pero en ella puede darse un «silencio total» y, por consiguiente, no ser suficiente para establecer el necesario «sistema de conexión». Para que esto no suceda es necesario tener en cuenta, al menos, las tres consideraciones siguientes:

- La primera necesidad es tener el convencimiento de que el camino más corto para conseguir la cohesión, la moral y la adhesión es el comportamiento ejemplar del «líder», aunque es bien cierto que esa ejemplaridad vivida día a día supone un gran sacrificio.
- La segunda cuestión supone, por parte de quien enseña, «la adopción precisa de su papel» para saber «escuchar» y «anticipar y prever» qué respuestas se suscitarán en los alumnos al recibir determinada información y, en consecuencia, seleccionar ésta atendiendo a su significación, a su valor intrínseco y al efecto subjetivo de estímulos que puede proporcionar o provocar.
- La tercera se refiere a que el máximo efecto persuasivo de la comunicación se produce cuando la posición de lo que se «enseña» está próxima a la posición del «receptor». En este caso, la «posición receptora» por el efecto de «asimilación» se mostrará propicia a aceptar la influencia.

Por último, en cualquiera de los casos, la comunicación tiene que ser clara y precisa, rica en ideas y expuesta en términos convincentes y repetitivos, apoyándose siempre que sea posible en los mecanismos del control social, con un vocabulario evocativo y generador de efectos que resalte la certidumbre suprema de las afirmaciones.

Conclusión

La realidad muestra cómo la formación científica y técnica evoluciona, mejora y alcanza un alto grado de perfeccionamiento, en tanto que la formación humana y militar muestra un cierto estancamiento con peligro de retroceso.

Sin embargo, la educación humana y militar constituye la columna vertebral del Ejército. El atender los cambios impuestos por la evolución de la sociedad no debe ser ocasión de excusa para descuidar la transmisión del legado de la cultura militar, pues la formación es siempre, precisamente, eso: «un proceso de transmisión cultural».

La Armada es y será lo que sean sus escuelas en su cometido de enriquecer al hombre en su función naval para poder contar con personal maduro y auto-controlado, que se sienta integrado con alto espíritu y elevada moral.



BIBLIOGRAFÍA

- AZEVEDO, Fernando de: *Sociología de la educación*. México, 1989.
 CHINOY, Ely: *La sociedad*. Madrid, 1961.
 CIRLOT, Juan-Eduardo: *Diccionario de símbolos*. Barcelona, 1969.
 DE FLEUR, Melvin L., y BALL-ROKEACH, Sandra J.: *Teoría de la comunicación de masas*. Barcelona, 1982.
 ENC: *Enciclopedia Internacional de las Ciencias Sociales*. Ed. Aguilar. Madrid.
 GER: *Gran Enciclopedia RIALP*. Madrid, 1972.
 MALINOWSKI, Bronislaw: *Magia, ciencia y religión*. Madrid, 1995.
 MATE, Reyes: *Mística y política*. Estella (Navarra), 1990.
 MERTON, Robert K.: *Teoría y estructuras sociales*. México, 1972.
 PETI, François: *Psicología de las organizaciones*. Barcelona, 1984.
 PFEFFER, Jeffrey: *Organizaciones y teorías de las organizaciones*. Buenos Aires, 1987.
 ROJAS, Enrique: *La conquista de la voluntad*. Madrid, 1994.
 ZARAGÜETA, Juan: *Filosofía y vida*. Madrid, 1954.